chazar toda obra de teatro que no presente una acción diáfana y un léxico perfectamente comprensible.

Queda, más importante todavía, el problema de fondo. Excusado es decir el cuidado con que deben ser seleccionadas las obras desde el punto de vista de la dignidad del lenguaje y del decoro del argumento desde el punto de vista religioso y político-social.

Y nadie crea que estas exigencias son privativas de nuestro particular sentido de la responsabilidad. En casi todos los países cultos existen formas más o menos explícitas de vigilancia, censura o control, ya que pensar en un repertorio completamente libre sería arriesgar el carácter fundamental de la labor educativa que estamos estudiando.

Claro está que para ello deberíamos contar con un repertorio de obras acomodadas a la mentalidad adolescente y ello nos lleva a otro problema nada fácil de resolver. Existen en Francia repertorios excelentes —como el de L. Chancerol— orientados en este sentido. Pero que la cuestión no está resuelta nos lo demuestra el hecho que, precisamente el Institut International du Théatre de la U.N.E.S.C.O., está a punto de publicar el primer volumen de su *Bibliographie Internationale Théatre et Jeunesse* con el concurso de los Centros Nacionales del I. T. I, en el que se contienen los siguientes datos:

1) *Autor*;
2) *Título de la obra*;
3) *Adaptación de...*;
4) *Música de...*;
5) *Género*;
6) *Edad aproximada del público*;
7) *Idem de los intérpretes*;
8) *Número de personajes masculinos*;
9) *Idem femeninos*;
10) *Número de actos*;
11) *Número de cuadros*;
12) *Número de decorados*;
13) *Duración*;
14) *Ediciones*;
15) *Sinopsis del argumento.*

Esta obra se propone ser un verdadero catálogo mundial de obras de teatro para la juventud, con la colaboración de los Centros nacionales y nosotros hemos ofrecido la posibilidad de que España figure en este importantísimo trabajo.

Ahora bien: estos repertorios nos plantean una vez más el problema de la *adecuación*. ¿Deben ser ofrecidas a los niños obras escritas deliberadamente para ellos? ¿O deben dárseles aquellas obras clásicas y modernas que añaden a su alta calidad literaria el valor de ser fácilmente entendidas por ellos? En España —y en Italia— existen centenares de pequeñas obras teatrales escritas por religiosos para los alumnos de sus colegios. No nos seducen precisamente por su falta de calidad. ¿Qué inconveniente hay en que los chicos puedan ver teatro de altura literaria desde *El Paso de las Aceitunas*, de Lope de Rueda, a *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*, de Jacinto Benavente?

Urgencia de la Etnología en la Universidad

ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA

El olvido de la Etnología.

Una penosa omisión en que incurrió la última reorganización de la Universidad española fué el olvido de la Etnología. No es tan sólo que todas las Facultades de Letras de los países cultos cuenten con esta disciplina preterida en las nuestras; es que además el carácter histórico y humanístico que aquella reforma intentó potenciar resulta en parte invalidado, y como manco, por la ausencia de la Etnología.

Es extraño que dicha reforma no se hiciese eco de hasta qué punto la Etnología viene siendo, desde hace ya mucho tiempo, uno de los más activos fertilizantes de las ciencias del espíritu, incluídas precisamente las que versan sobre el llamado humanismo clásico; y de cómo hoy no se pueden abordar de raíz las mil cuestiones acerca de problemas de orígenes —que afectan al Derecho como al Arte, a la Medicina y a la Religión, a la Psicología y a la Sociología, etcétera, etcétera—, sin tener en cuenta el preciso valor de los testimonios etnológicos acumulados e interpretados por toda una legión de sabios que forman una de las más gloriosas falanges de

Don Angel Alvarez de Miranda, *director, desde 1948, del Instituto Español de Lengua y Literatura de Roma, lo ha sido también del Colegio Mayor Hispanoamericano de "Nuestra Señora de Guadalupe", de Madrid, y ha escrito numerosos trabajos sobre temas universitarios. Es Premio Cultura Hispánica 1950. Dirección del autor: Director del Instituto Español de Lengua y Literatura. Via della Rotonda, 23. Roma.*

la Edad Moderna. Induce a perplejidad que una reorganización como aquella, en la que las disciplinas precisamente históricas fueron incrementadas casi hasta la sobreestimación (recuérdese que en ese plan se han creado cátedras sobre la historia de cosas cuya autonomía científica es más que discutible), haya preterido toda la aportación histórica, rigurosa y cuantitativamente autónoma, que la Etnología realiza, o, más exactamente, que ella misma es.

Precisamente en función de una completa y profunda formación humanística e histórica es por lo que la Etnología no debiera faltar, con los honores de una cátedra permanente, en nuestras Facultades de Letras. Sin ella, tanto y más que sin la Prehistoria, el campo del humano ser y saber queda confinado a los estrechos límites del humanismo "literario" que en lo que tiene de abolengo renacentista y de formación retórica hoy día está más que superado: un exponente de ese humanismo en su aspecto deficitario es la misma insuficiente rotulación de unas Facultades que siguen llamándose, con notoria imprecisión y angostura, "Facultades de Letras". Pero a esta limitación puramente denominativa han suplido desde hace ya tiempo las Universidades del mundo incorporando a ellas los estudios etnológicos. La española no, y oficialmente nuestros cuadros de enseñanza siguen ignorando el hecho y el valor del inmenso arsenal de documentos humanos y universales objeto de la Etnología, como si el hombre sólo hubiese dado testimonio de sí a través de sus escritos y de sus grandes monumentos artísticos, o como si toda efectivia humanidad empezase con los presocráticos o con la literatura védica.

Esta omisión de todo el contenido no monumental y no alfabético de la cultura humana es una deplorable herencia de la rutina docente de nuestros siglos últimos y además se opone a una de las más gloriosas tradiciones intelectuales de nuestra época clásica. En ella la gran aportación etnográfica de nuestros misioneros prestó una preciosa apoyatura a la creación sistemática de la moderna ciencia etnológica. Por eso llama la atención el hecho de que dada la tendencia tradicionalista inspiradora de la reciente reforma se olvidase la buena tradición intelectual española en las ciencias etnológicas. Cuando se manejan las grandes obras de la moderna Etnología, se experimenta, si se es español, un sentimiento de desolación: en el Golden Bough de Frazer, por ejemplo, a lo largo de los doce volúmenes se encuentran muchas veces nombres españoles: pero son todos de los siglos XVI y XVII y casi ninguno de estos últimos cien años. Así sucede que sólo gracias a los antiguos misioneros España no es poco más que un cero a la izquierda en la historia de la Etnología. He ahí uno de los claros factores de nuestra universalidad de entonces, cuyo aspecto científico en pocos dominios se revela más claramente ecuménico que en la Etnología, ciencia que, por definición, se ocupa de todos los pueblos y culturas esparcidas por el mundo. Mucho se viene hablando en España de lo universal y de lo ecuménico, y esta preocupación es sin duda una de las más sinceras y gloriosas realidades espirituales de nuestra hora presente. Ahora bien: precisamente por ello no cabe seguir desentendiéndose del aspecto y del ámbito científico inherentes a esa aspiración universal, ámbito que coincide con el de la Etnología. Por otra parte nada más ejemplar que los recientes progresos de nuestra conciencia ante el mundo hispanoamericano; y sin embargo la ingente realidad etnológica de todo ese mundo apenas si ha empezado a incorporarse a las preocupaciones científicas españolas. ¿Es que cabe conocer de verdad nuestra América, esa inmensa cantera de pueblos, razas y culturas, al margen de una Etnología sistemática?

El ser de España y la Etnología.

Pero no es sólo la inevitable exigencia de cultivar la ciencia en sus ámbitos más universales lo que obliga a no desentenderse de la Etnología: es que precisamente la índole propia del ser cultural español, su consistencia, su estructura y hasta sus orientaciones más recientes están exigiendo clamorosamente que sobre el mundo ibérico se ejerciten con rigor el saber y la técnica etnológicos. Este punto parece tan capital que merece la pena detenerse un poco en él.

Porque ocurre, entre otras cosas, que el rasgo más característico del pensamiento español desde hace más de medio siglo, el que confiere a nuestras letras un aire diferencial respecto de los otros países europeos, es el habernos planteado nosotros, sobre todo con las gentes del 98, el problema del ser de España. Ya éste es un problema cuya solución integral no es posible al margen de la Etnología; pero además sucede que los hombres que se plantearon el problema del ser de España, artistas y pensadores en su mayoría, realizaron sobre el haz de España una especie de Etnología sentimental e intuitiva: recorrieron sus campos, observaron su paisaje, amaron sus palabras y describieron sus enseres, recogieron sus canciones y, en una palabra: hicieron de una manera intuitiva y asistemática todo lo que rigurosamente está llamado a hacer la Etnología. No sé si ha sido observado lo bastante, respecto de la generación del 98 y de algunos epígonos suyos, un hecho importantísimo, a saber: el del gran valor funcional que ellos representan en nuestra moderna evolución cultural, que se puede resumir en la idea de haber sido ellos los precursores, desde un terreno intuitivo y bajo formas ametódicas, de la tarea que en un terreno más severamente científico han emprendido las generaciones subsiguientes. La casi totalidad de ellos no fueron, y quizá no podían serlo, especialistas en filosofía, ni en filología, ni en historia, y en conjunto y como grupo pertenecen más bien a la literatura; pero han hecho posible, y en cierto modo han exigido, que sus sucesores se ocupen con rigor en esas y en otras disciplinas, hasta el punto de poderse afirmar que si hoy día la cultura española ha dado algún paso adelante respecto de ellos mismos ese paso consiste sobre todo en haber elaborado desde la investigación racional lo que ellos sintieron como un pálpito, y en haber transferido a las correspondientes constelaciones de pura ciencia —de metódico *logos*—, lo que ellos barruntaron con vehemencia en las de un *ethos* lleno de conmoción típicamente literaria y artística.

Pues bien, resulta que en lo único en que ha

resultado frustrada esta especie de ley de anticipaciones ha sido, precisamente, en el tema más radical en ellos, a saber, el tema del ser de España. Que después de la generación del 98 no haya surgido en España una rigurosa y floreciente Etnología es uno de los más graves pecados colectivos de omisión científica que puede reprocharse al intelecto español.

Sin embargo, sobre este punto será justo establecer algunas precisiones. En realidad no han faltado en España ni antes, ni durante, ni después de la generación del 98, unos cuantos estudiosos que han dedicado amor y pasión a diversos aspectos de la Etnología española; hasta cabe afirmar que ha habido un número, mucho mayor del que a primera vista parece, de beneméritos estudiosos que han recogido, como han podido y casi siempre desde ámbitos de erudición local y provinciana (modestos y entusiastas maestros de pueblo, en muchos casos), fragmentos del gran tesoro etnológico español. Pero con todos los respetos y admiraciones que su obra merece la mayoría de ellos no han podido ser otra cosa que grandes y meritorios aficionados, entre otras razones porque los más de sus coetáneos no vieron en su quehacer otra cosa que una afición, un capricho subalterno y pintoresco, cuando no algo peor. Total, que a pesar de sus trabajos el edificio etnológico español está sin construir, como puede comprobar quien compare, aunque sea someramente, la altura de nuestra Etnología en parangón con la francesa o la italiana: si nuestra Universidad no fuese un recinto cerrado, como lo es hoy, al saber etnológico (en Francia o Italia funcionan desde hace muchos lustros las cátedras de Etnología), y si los rectores de la organización intelectual del país hubiesen tenido mayor sensibilidad, esta deficiencia no sería tan palmaria. Porque ocurre que incluso estudiosos españoles de excelente formación cultural y autores de obras muy meritorias que deberían no poder prescindir de todo el vasto saber que al flanco de sus propias disciplinas deposita la Etnología, la ignoran hasta el punto de no poseer nociones casi elementales sobre su cometido, sus posibilidades y sus temas. De ahí los errores, las omisiones y hasta los *quid pro quo* pintorescos que cometen no pocos libros españoles en lo referente al mundo de la Etnología: con un poco de diligencia y otro poco de malignidad se podría confeccionar una cruel antología de lapsus de ese género.

Es de esperar que no tarde en repararse el desinterés universitario inveterado (y no sé si hasta exacerbado durante los últimos años), hacia el saber etnológico. Tanto más cuanto que, por fortuna, no faltan hoy en España algunos investigadores meritísimos con óptima labor etnológica cumplida. Incluso entre ellos hay alguno que está siendo creo que más estimado fuera de España: curiosa paradoja la de que haya entre nosotros efectivos maestros sin posibilidad de ejercer el magisterio que realmente están ya ejerciendo a fuerza de inteligencia y de heroica vocación. ¿No es un axioma aquello de que la misión de la política es dar forma a lo que está ya ahí como una realidad?

VENTAJAS FORMATIVAS DE LA ETNOLOGÍA.

Como ciencia de lo universal y humano y como ciencia de lo diferencial y nacional la Etnología es, pues, un gran hueco que llenar en la vida científica española y ello en función del humanismo y de un más exhaustivo conocimiento histórico. La investigación española de estos últimos años ha realizado grandes avances y el Estado español le ha dedicado una atención y unos medios que por sí solos honran a un régimen. Así con todo no se puede ignorar que muchos ámbitos del saber histórico más universal son todavía poco o nada visitados por la investigación española, y que lo más y lo mejor de nuestro quehacer y nuestro saber está vinculado con el hispanismo y circunscrito a él. Que los mejores hispanistas hayan llegado a ser ya los españoles no es un leve progreso, pero tampoco es una meta final, so pena de incurrir en un tipo de saber predominantemente indigenista y por así decirlo endogámico. Como plataforma para lanzar a las nuevas generaciones también hacia otros campos de estudio inéditos entre nosotros no existen entre las del espíritu muchas disciplinas más aptas que la etnológica. Como ciencia vital y capaz de poner a los alumnos de Letras, sobrecargados de abstracción y de fisolofemas, en contacto con las cosas reales y vivaces de una España y de un mundo cada vez más urgentes, es difícil imaginar otra más adecuada que la Etnología. Y no se piense sólo en nuestros jóvenes universitarios: dado el importantísimo papel que el clero secular y regular desempeña en nuestra cultura, dado que en casi todo el mundo hay desparramados misioneros españoles, la aportación misionera hispánica a la Etnología podría ser grandiosa y debería conocer un nuevo siglo de oro. ¿No es ejemplar lo que modernamente el clero de pequeños países católicos, como Austria, ha dado al mismo tiempo a la religión y a la ciencia por medio de misioneros que en fin de cuentas no han hecho sino imitar a los nuestros de hace siglos?

Por otra parte es evidente que incluso los habituales saberes acerca de lo hispánico necesitan pedir su concurso a la Etnología. Mientras nuestros archivos, grandes y pequeños, están siendo cada vez más metódicamente examinados y valorizados, ocurre en cambio que provincias enteras no han sido objeto de una exploración etnológica satisfactoria. Y sin embargo quizá no hay en Europa pueblo más rico, más vario, más estratégicamente situado, más cargado de interés etnológico que el nuestro. La capacidad perdurativa de lo español ha hecho milagros y gracias a ella Menéndez Pidal ha podido imponer a filólogos de todo el mundo el principio, rigurosamente demostrado, de que *España es el campo ideal para el estudio de los problemas sobre orígenes*, principio al que está reservado todavía (acéptese esta mínima profecía) una amplia serie de evidenciaciones sorprendentes. En el caso del propio Pidal una sola rama etnológica —la literatura popular— patentiza que el incansable viajero y buscador de las reliquias persistentes en la memoria del pueblo es inseparable auxiliar del filólogo, y que una región geográfica puede albergar tantas o más iluminaciones históricas

que muchos manuscritos. Sin contar con que lo que el español de todos los tiempos ha confiado a la escritura, es ya de por sí escaso, sobre todo en relación con la masa total de bagaje cultural anejo a la vida misma, y más a la vida hispánica.

Y puestos a mencionar el nombre de Menéndez Pidal no estaría aquí de más aducir una indicación suya que parece fundamental: en las últimas páginas de su prólogo a la Historia de España ("Los españoles en la Historia"), el gran maestro propugna la necesidad ineludible de descubrir, utilizar y conjugar las nuevas fuentes de conocimiento histórico que yacen todavía inexploradas entre nosotros. Esta justa consigna —equiparable a la que en lo económico nos obliga a no desperdiciar el agua de todos nuestros ríos para la fertilización y potenciación dinámica del país—, tiene una preciosa aplicación a la Etnología hispánica, tan distante todavía de haber dado el máximum de rendimiento que cabe esperar de ella. Cuanto más se tarde en realizar una sistemática recolección etnológica, el fruto será menor. Es incalculable lo que en el espacio de la vida de una sola generación se puede perder, lo que de hecho se ha perdido ya, lo que dentro de sólo veinte o treinta años habrá desaparecido para siempre en nuestros campos y en nuestras montañas. No es necesario ponderar qué agentes y circunstancias de la vida moderna conspiran inexorablemente a la extinción del tesoro etnológico español. El proceso de nivelación es implacable y urge del entusiasmo y la preparación que el caso exige.

Una doble circunstancia.

Podríanse aducir otros muchos argumentos en pro de la inclusión de la Etnología en nuestra Universidad. Podrían, sin duda alguna ser formulados por persona dotada de más fehaciente autoridad que la del que esto escribe. Pero sobre que tampoco carece de valor el interés desinteresado de quien por no ser etnólogo militante no quedará suspecto de perorar *pro domi sua*, existe una doble circunstancia objetiva (para no hablar de otras) que ha inducido a este alegato: ante todo la apertura de esta revista a los problemas de nuestra enseñanza, apertura que desde su primer número hizo esperar ver formulada por personas más autorizadas este tema (sin embargo los once números que han llegado hasta el país y hasta el momento en que esto se escribe tal cosa no ha ocurrido, y ya iba siendo hora). Por otra parte la coyuntura del creciente interés que las ampliaciones y mejoras universitarias están suscitando en los órganos directivos correspondientes abre un margen de esperanza a la subsanación de la deficiencia que aquí se pone de relieve. En el Consejo de Investigaciones Científicas se creó no hace mucho una Sección de Etnología peninsular, iniciativa altamente meritoria y esperanzadora. Pero ni su existencia, ni su dotación, ni sus tenues posibilidades excluyen, sino por el contrario exigen, la instauración de cátedras de Etnología. Y, en fin, también la vida cultural debe no ser insensible a los sutiles estímulos morales de la dignidad y de la reparación: la Etnología, esa cenicienta de nuestras Universidades, no puede seguir vivaqueando miseramente a extramuros de nuestra vida docente: y lo menos que pueden realizar con ella las afortunadas disciplinas que pululan en nuestras Facultades de Letras es apearse un poco de su arrogancia de alfabetas, tender hacia su hermana el puente levadizo y acogerla con ese gozo fraterno de la ciencia que es distintivo, a un tiempo, de la nobleza y de la inteligencia.